



**BOLETÍN
DE LA ACADEMIA
NACIONAL DE HISTORIA**

**Volumen XCVI N° 199
Enero–junio 2018
Quito–Ecuador**



BOLETÍN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA

**Volumen XCVI
N° 199**

**Enero–junio 2018
Quito–Ecuador**



ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA

DIRECTOR:	Dr. Jorge Núñez Sánchez
SUBDIRECTOR:	Dr. Franklin Barriga López
SECRETARIO:	Ac. Diego Moscoso Peñaherrera
TESORERO:	Hno. Eduardo Muñoz Borrero
BIBLIOTECARIA-ARCHIVERA:	Mtra. Jenny Londoño López
JEFA DE PUBLICACIONES:	Dra. Rocío Rosero Jácome
RELACIONADOR INSTITUCIONAL:	Dr. Vladimir Serrano Pérez

BOLETÍN de la A.N.H.

Vol XCVI

Nº 199

Enero–junio 2018

© Academia Nacional de Historia del Ecuador

p-ISSN: 1390-079X

e-ISSN: 2773-7381

Portada

Monumento a Vicente Rocafuerte
en Guayaquil

Diseño e impresión

PPL Impresores 2529762

Quito

landazurifredi@gmail.com

abril 2019

Esta edición es auspiciada por el Ministerio de Educación

LA NOVELA HISTÓRICA

Carlos de la Torre Flor¹

Historia y literatura

El uso de la inteligencia ha permitido a nuestra especie imponerse sobre los predadores que la amenazaban, controlar y manipular la naturaleza para servirse de ella al punto de extenderse a los cinco continentes y copar todos los ecosistemas del planeta. La inteligencia fue el último de los recursos de que echó mano (por decirlo de alguna manera) *Pithecus* para sobrevivir, al no poseer ni fuerza, ni velocidad, ni grandes colmillos o cuernos, y, gracias a su uso, se transformó en *Homo habilis* o *erectus*, y finalmente en *Homo sapiens sapiens*, hombre actual.

Inteligencia presupone procesamiento de datos, ideas y conceptos realizado por un ordenador central de enorme eficiencia –cerebro– y una cantidad gigantesca de información proporcionada por sus órganos de los sentidos, tomada directamente del medio ambiente o indirectamente del acervo cultural de su medio social, esto es del banco de datos acumulado a través de los tiempos por el aporte de sus antecesores. Mientras mayor sea el desarrollo de la inteligencia, y con ella del saber y de la cultura, esta segunda parte crece en importancia en relación a la primera, al punto de constituirse, con mucho, en la decisiva. Para ello fue indispensable haber desarrollado un lenguaje lo suficientemente rico y preciso como para

¹ Doctor en Medicina y Cirugía, Universidad Central del Ecuador, con especialización en México y España, en cirugía plástica y reconstructiva, cirugía de la mano y quemaduras. Ha combinado su formación profesional con las letras que no están exentas de ribetes históricos. Ha escrito y publicado varios libros, cuentos y ensayos en diversas revistas literarias. Fue miembro fundador, vocal y presidente de la Sociedad Ecuatoriana de Escritores, de la cual es presidente vitalicio desde 2001; miembro fundador de la Federación Latinoamericana de Sociedades de Escritores (FLASOES), Caracas; miembro del Grupo América y de la Sección Académica de Literatura de la CCE.

comunicar ideas, pensamientos, conceptos, a la vez que sensaciones, emociones y sentimientos.

Pero *Homo sapiens* ha necesitado comunicar, aparte de todo lo concerniente a los fines prácticos de sobrevivir y medrar, lo que concierne a ese mundo fantasmagórico de los miedos, las inseguridades y las inquietudes metafísicas, es decir cuestiones más allá del mundo físico, corpóreo, sensible, lo que atañe a sus ideas sobre lo que es el mundo, la vida, la muerte, el más allá. E indefectiblemente atado a esto, sus ideas sobre las primeras causas y los últimos efectos, es decir lo que será materia de la religión y la filosofía.

Al retrotraernos a orígenes y primeras causas presuponemos devenir temporal, que es el sustrato de base para la Historia.

Pero antes de la Historia estuvieron las diversas mitologías, que no son sino construcciones narrativas que pretenden dar un antecedente y una explicación inteligible al mundo y al devenir humano como resultado de fuerzas poderosas emanadas de entes superiores, llámense dioses, urgos, demiurgos o inteligencias universales. Unas primitivas y otras más elaboradas que llegaron hasta llamarse historias sagradas.

Junto a la inteligencia la receta para el éxito evolutivo venía aparejada con una agresividad hipertrofiada, no sólo contra las demás especies sino también contra la suya propia. Era, sin embargo, una violencia selectiva que se limitaba y atenuaba en las relaciones dentro del clan, de la familia y de la tribu, y que se exacerbaba en el trato con el extranjero, el diferente, el otro.

Homo llegó a convertirse en el predador más eficiente y terrorífico que hayan visto las edades. La violencia para apropiarse de lo ajeno, personas incluidas, llegó a ser la fuente más importante de allegar bienes, riquezas y poderío. El culto a la violencia y a los violentos –guerreros– hizo que la perpetuación de la memoria de los hechos bélicos, de las hazañas gloriosas, sea parte de la herencia cultural de cada pueblo, de cada civilización.

Al comienzo historias transmitidas oralmente y luego, invención de la escritura mediante, impresas, grabadas o dibujadas en las tablillas, papiros y pergaminos.

Estos primeros intentos de cosmovisiones, junto con las narraciones de los hechos de armas han sido los antecedentes de la Historia primero y de la Literatura después, porque al ir afilando las armas de la comunicación, el lenguaje hablado y escrito, el ser humano fue creando otros valores inherentes no al contenido sino al continente, no al mensaje comunicado sino a la forma de comunicación. Esto tiene que ver con la organización interna, las relaciones formales, de manera que incidieran en la sensibilidad del receptor con arreglo no a lo pragmático sino a lo estético, esto es con cosas que tienen que ver con ritmo, equilibrio y proporción. Con ello fue poniendo las bases a lo que sería la Literatura.

Así pues, Historia y Literatura han estado íntima e indisolublemente unidas desde sus inicios. Sus relaciones son de una gran complejidad y riqueza. La novela histórica es una feliz conjunción de estas dos manifestaciones del saber y del hacer intelectual humano.

Creo que después de este esquemático recuento es hora de que esbochemos algunas consideraciones y conceptos sobre la novela histórica.

La novela histórica

Algunas consideraciones y conceptos

Empecemos diciendo que toda obra literaria, la novela en particular, es una estructura lingüística en clave que tiene que ser decodificada por el lector y que se propone comunicar una visión particular de una realidad determinada. Es una transposición subjetiva, poética a veces, de esa realidad. Al ser subjetiva es, lo quiera o no, de alguna manera una hipóstasis de su autor. Esta muy particular visión del mundo, esta imagen reflejada y refractada es, al mismo tiempo, un intento ordenador de algo que primordialmente se hace patente a cada ser humano como aleatorio, caótico y hasta anárquico. De un mundo que clama por interpretación, que pide una lógica, un sentido racional, un hilo conductor, para poder ser entendido y asu-

mido concienzalmente, es por ello, también, una indagación personal del hecho de estar vivo, de sus significados, de sus proyecciones. Es una búsqueda de asideros, referencias y valores. Al ser todo esto es, pues, una sublimación de onthos, logos, gnosos, pathos y ethos.

Hay autores que privilegian alguna o algunas de estas vertientes, según sea su temperamento, su gusto o su inclinación. Si privilegia el onthos y el pathos en su obra primará el argumento, la peripecia, la ambientación el retrato de caracteres, la compulsión de situaciones límites que obligan al hombre a conmoverse, a reaccionar, a actuar.

Si predominan el onthos y el gnosos, en cambio hará obras sapienciales, cuestionadoras, filosóficas, en las que la realidad es percibida sobre todo como significados o como datos en busca de un significado.

Hay otros que, basados en el logos, en su acepción como verbo antes que como cogito, se interesan en la magnificación del significante sobre el significado, el código y la clave sobre lo codificado. Hacen obras de experimentación formal, de exploración de posibilidades técnicas, de recreación lingüística.

Por último hay autores que conjugan con mayor o menor habilidad y éxito, todas estas vertientes.

Todo ello es válido y legítimo si es que está bien hecho, si es que ha logrado aportar aunque sea una pequeña lucecita con la que alumbrar en algo la tupida oscuridad del misterio humano.

Esto, que es válido para la novela en general, es evidentemente válido para la novela histórica. La época, el escenario los personajes, las tramas están en el pasado y esto le confiere su peculiaridad definitoria de histórica, pero a la final es la misma mezcla de ficción-realidad, de intento de interpretar y comprender el drama humano, puestos en una contextura formal narrativa con sus normas y estructuras propias, que tratan de comunicar sus contenidos de una manera lo más convincente y atractiva para el lector.

Vale la pena hacer una precisión sobre el hecho de que estar situada en el pasado es lo que confiere a la narración el carácter de histórica. Si miramos bien, todas las narraciones hablan de hechos

sucedidos, esto es, pasados, sin que sean necesariamente históricos. Lo que configuraría la historicidad sería el peso de los hechos y los personajes sobre el devenir de una sociedad, de modo que adquiriera la densidad y la importancia como para ser objeto del estudio de la Historia.

En la misma condición de historicidad pueden contarse los llamados géneros limítrofes como la biografía, las memorias, las crónicas y las leyendas, inclusive las llamadas novelas de sociedad o de costumbres, pero difieren de la novela histórica, estas últimas, por el tiempo desde el cual son narradas, las primeras, y por la forma, la intención y los recursos narrativos que se emplean.

Con estas premisas básicas podemos pasar a un breve recuento de los orígenes y su evolución a través de los tiempos.

Orígenes y antecedentes

Como ya lo hemos mencionado, las mitologías, las historias sagradas de las religiones, las epopeyas, los relatos de “caballerías” y los cantares de gesta son sus remotos antecedentes. Luego vienen las crónicas de sucesos históricos, conquistas y guerras, dejadas por sus propios autores como testimonio directo de los hechos. Como ejemplos, las crónicas de la conquista española de Cieza de León, Sancho de la Hoz, Miguel de Estete, Bernal Díaz del Castillo, López de Gómara, etc., etc.

Hay que considerar que la novela misma, es el más tardío de los géneros literarios. Algunos lo explican diciendo que la novela es un producto burgués y que mal podría haberse desarrollado antes de las revoluciones burguesas. Esto es verdad, si bien hay que considerar que antes de ellas ya hubo algunas novelas de valía empezando por la novela cumbre, el Quijote de Cervantes. De todos modos tenemos que convenir que la novela responde a una cierta forma de individualismo propia de la mentalidad occidental a partir de las revoluciones burguesas. Habría que anotar también que dichas revoluciones centran su ideario en la libertad económica y la libertad política, que hacían posible que los bienes materiales e in-

materiales fuesen asequibles a una población más numerosa. La alfabetización, la mayor y mejor instrucción pública, el crecimiento de la clase social burguesa con un poderío económico creciente, hicieron que la demanda de libros y de entre ellos, del nuevo género literario, creciese de una forma considerable. Desde fines del siglo XVIII hasta el presente, la industria editorial, principalmente sustentada en la producción novelesca, tiene un extraordinario crecimiento al punto que, a pesar de la competencia de los medios digitales, hoy se editan y se leen libros más que nunca antes en toda la historia de la cultura.

Retornando a la aseveración de que la novela, y la novela histórica en particular, han sido manifestaciones literarias tardías, es evidente que han compensado su tardanza con la prolificidad y la abundancia al socaire de las transformaciones socio-económicas y los adelantos técnico-científicos.

Creo que hay un acuerdo bastante generalizado en reconocer al escocés Walter Scott² (1771-1832) como el padre de la novela histórica. La aparición de su primera obra "Waverly" es en 1814, un año antes de la caída del imperio napoleónico, es decir cuando recién empezaban a difundirse los gustos, costumbres e inclinaciones burguesas. Pero es necesario recordar que los ingleses tuvieron su propia revolución con Cromwell casi un siglo antes de la revolución fran-

2 Escritor, poeta y editor escocés, fue una de las principales figuras del movimiento romántico en Gran Bretaña, cuyas novelas históricas, en las que se le considera un verdadero pionero del género, se hicieron famosas en toda Europa. Tras estudiar derecho en Edimburgo, Scott comenzó a escribir recopilando leyendas y cuentos escoceses, germen del componente nacionalista que luego imprimiría a sus obras históricas, de corte romántico. Scott compaginó la escritura con su trabajo de abogado y hasta montó una pequeña editorial en la que publicó sus poemarios, versos que le dieron sus primeros momentos de fama, aunque la crítica restó importancia a estos trabajos en comparación con su narrativa posterior. Las obras históricas de Scott se iniciaron con la publicación de Waverley (1814) y Rob Roy, pero fue con una de sus obras más conocidas, Ivanhoe (1819) con la que alcanzó un mayor éxito que le llevó a escribir no sólo sobre Escocia o Inglaterra sino sobre otros países como la Francia de los Luises. Sin embargo, Scott mantuvo su identidad como novelista en secreto para que no interfiriera en su carrera como poeta, algo que no pudo hacer a partir de 1825, momento en el que su popularidad comenzó a decaer. La obra de Scott está considerada como una de las más influyentes en el continente europeo y su componente romántico se aprecia en multitud de obras posteriores en distintos países. Sus novelas han sido llevadas al teatro al cine y la televisión en multitud de ocasiones y su figura se alinea con la de los grandes autores de la literatura universal. Ver en: https://books.google.com.ec/books/about/Robin_Hood_Spanish_version.html?id=6esWCQAQBAJ&redir_esc=y (30-11-2018)

cesa, y que, si bien no terminó con la abolición de la monarquía, sí fue un hito en afirmar los derechos ciudadanos y en abrir un cauce para la aceptación de los valores burgueses. Las “antiquary novels” son de la segunda mitad del siglo XVIII.

Walter Scott es testigo de una época de profundos y significativos cambios sociales. Es testigo de la revolución industrial originada precisamente en Inglaterra, y de la Ilustración francesa, de la toma de la Bastilla, de la ejecución de los monarcas Borbones, de la entronización del imperio napoleónico, de las inevitables guerras de ese imperio con el resto de poderes europeos. Y es bien sabido que los grandes conflictos llevan a la puesta en cuestión de los supuestos y valores en boga hasta entonces. De la necesidad de esos replanteos surgen nuevas ideas y posibles soluciones, pero, en lo que hoy nos atañe, surge una literatura cuestionadora, inquisitiva, preñada de posibilidades.

Las luchas por conquistar o por resistir la conquista obligan a retornar la vista hacia lo más recóndito del ser histórico de cada pueblo, hacia lo medular de su cultura, es decir hacia el centro mismo de su nacionalidad afincada en el pasado. Buscan en ese pasado seguridades, afirmaciones y respuestas para entenderlo mejor, para entender el presente y así poder enfrentar el futuro.

Este es el escenario para que Scott y sus seguidores pongan las bases para el desarrollo de la novela histórica. Y no es coincidencia que sea también el escenario del comienzo y desarrollo del Romanticismo, al punto que es un consenso entre la crítica que la novela histórica es también una manifestación genuinamente romántica.

Pergeñemos en dos grandes brochazos lo que caracterizó al Romanticismo. Europa es la súper-posición y adición de tres grandes troncos culturales: el greco-romano con su racionalismo, el mono-teísta cristiano de raíz semítica y el germánico que incorporó a su acervo los dos primeros que le antecedieron. Con la caída de Roma, los pueblos germánicos, llamados bárbaros, se convierten en los defensores de los valores cristianos con su mandato de renunciamento a mundo, demonio y carne. El Renacimiento es una vuelta a la herencia greco-romana. El Romanticismo es una vuelta a la herencia ger-

mánica pero sin la ascesis y la obsesión por el pecado heredadas del cristianismo. Por ello es una vuelta al onthos y al pathos en detrimentos del ethos. Este retorno a los orígenes germánicos por agotamiento del modelo neo-clásico renacentista, coincide con la etapa de las revoluciones liberal-burguesas y con las guerras napoleónicas.

Volvamos al padre de la novela histórica, Walter Scott. De todas las obras scottianas la que más influyó como modelo para la novela histórica fue "Ivanhoe", en donde el Cervantes de Escocia recrea el ambiente de la alta Edad Media con morosa minuciosidad para sumergirnos en las luchas por afirmar la hegemonía en la sociedad británica de los antiguos pobladores anglosajones y de los conquistadores normandos, que, con Guillermo el Conquistador, vinieron a quedarse para siempre desde la batalla de Hastings. Entiende y sabe interpretar las crisis, los problemas de la convivencia forzosa de los dos pueblos y sabe manejar la urdimbre novelesca con la seguridad que le da el conocimiento de los instrumentos, idioma y recursos narrativos, que maneja. Un gran contador de historias, en suma.

El maestro dejó una huella profunda al punto que son considerados scottianos autores europeos tan importantes como Bulwer Lytton, autor de *Últimos días de Pompeya*, los españoles Larra, López Soler y Pérez Galdos, los franceses Víctor Hugo, Balzac, Flaubert y Zévaco, el italiano Manzoni, el polaco Sienkiewicz, el ruso León Tolstoi. A los que habría que sumar los americanos Fenimore Cooper y Washington Irving. La siembra de esas semillas sigue fructificando hasta hoy con Ildefonso Falcones, Javier Moro, Santiago Posteguillo, Ken Follet, Margarita Yourcenar y el creador de la novela histórico policial, Umberto Eco, que han sido reconocidos, premiados y traducidos a multitud de idiomas.

Volvamos a analizar y precisar un poco algunas de las características y modalidades de la novela histórica.

El para qué, el qué y el cómo

Sabemos que los dos elementos básicos son el hecho histórico y la trama ficcional. Los dos deberían combinarse equilibradamente para los mejores resultados. Si predomina el factor histórico, podríamos ir a dar en la Historia novelada y, si es el ficcional, podríamos desembocar en la novela de aventuras cuya época, pasado presente o futuro, no es de importancia. Pero sin llegar a los extremos, podemos advertir que según la razón por la que se escribe, un autor puede inclinarse en una u otra dirección.

Si lo que quiere es hacer novela histórica de tesis para favorecer una corriente ideológica o una posición ética, cargará las tintas sobre el enfoque historiográfico. Igualmente, si lo que desea es presentar la imagen de una época, de un periodo histórico muy importante, pondrá énfasis en el entorno, el tejido social, los hechos públicos, las costumbres y valores de ese Tiempo. Los personajes y la trama ficcional serán menos importantes. No son muchos los ejemplos de la primera alternativa expuesta porque el ensayo ha sido un género más propicio para ello, de todos modos podríamos mencionar a las novelas de tiranos como *El Señor Presidente* de Asturias, *Yo el Supremo* de Roa Bastos, *El recurso del método* de Alejo Carpentier, *El otoño del Patriarca* de García Márquez. Inclusive podría añadirse *El General en su laberinto* del mismo García Márquez, en el que es evidente que uno de los fines del autor es romper el mito de que Colombia le volvió la espalda a Bolívar y de que éste murió en la miseria y el abandono.

Un buen ejemplo de la segunda alternativa podría ser *Viñas de ira* de John Steinbeck. Los tremendos efectos de la Guerra de Secesión en los empobrecidos estados del medio oeste de los Estados Unidos, que impulsó a un éxodo masivo hacia el oeste en busca de la sobrevivencia, es el eje principal alrededor del cual gira la narración.

Mas, si el motivo del autor es divertir, llenar las expectativas de distracción y la curiosidad del gran público, lo historiográfico pasará a un segundo plano en favor de la caracterización de los perso-

najes y lo intrincado de la peripecia aventuresca. Sin lugar a dudas Alejandro Dumas, padre, personifica mejor que ninguno a esta forma de novelar. Él mismo lo afirma taxativamente cuando, ante algún reclamo por la falta de rigor histórico en sus obras, repuso que “*la novela tiene derecho a violar la Historia si los bastardos son bellos y sobreviven*”.³ A más insistencias de sus críticos dejó saldado el asunto al afirmar: “*la Historia es solamente el clavo en donde cuelgo mis cuadros*”.⁴ Sus novelas obviamente.

Sin embargo, y a pesar de tan rotunda afirmación, creo que su genio no permaneció estacionado en esa postura, pues en la serie de novelas que se inicia con *Memorias de un médico* y culmina en *Ángel Pitou*, no puede dejar de ejercer una lúcida y crítica mirada para darnos una representación de la revolución francesa, de sus antecedentes y sus consecuencias.

Mucho se ha elucubrado sobre otras características de la novela histórica, como el tiempo que debe mediar entre los hechos narrados y la narración. Arbitrariamente se ha querido imponer un intervalo no menor a cincuenta años. ¿Por qué no treinta o sesenta? Tal elucidación carece de importancia. Los críticos viven de criticar y muchas veces tienen que rizarle el rizo al rizo para justificar su trabajo.

Hasta se ha llegado a análisis epistemológicos de hasta qué punto el juicio y el conocimiento del autor alteran la realidad conocida y narrada, lo cual, sin dejar de ser importante, no parece muy pertinente en un análisis literario, sino más bien en un estudio gno-seológico propio de la Filosofía.

Para terminar este somero recuento creo que es útil no olvidar lo que tan atinadamente señalara T.S. Eliot: “*estoy seguro de que mis teorías han sido epifenómenos de mis gustos*”⁵.

3 Carlos Mata. Cfr. Alejandro Dumas en: “Retrospectiva sobre la evolución de la novela histórica”, pp. 13-64, en Ignacio Arellano, Kurt Spang, y Carlos Mata, *La Novela Histórica, Teoría y comentarios*, Ediciones Universidad de Navarra, S.A., Navarra, 1995, p.48.

4 Juan Pablo Echagüe. Cfr. Alejandro Dumas, en: *San Juan*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1944, p.67.

5 Mario Benedetti. Cfr. T.S. Eliot en: “El escritor y la crítica en el contexto del subdesarrollo”, *Cuadernos de cultura latinoamericana*, 99, Universidad Nacional Autónoma de México. Coordinación de humanidades centro de estudios latinoamericanos, México, 1979, p. 22.

La novela histórica en Hispano-América

Si la novela en el mundo es un género tardío, en la América india conquistada por los iberos, es más tardía aún. A pesar de que las crónicas de la conquista son un buen antecedente, y de que la poesía, el drama y el ensayo sí habían sido cultivados, en la novela se advierte un rezago explicado, en parte, por la prohibición expresa de Felipe II en la Cédula Real de 1543: *“para que los indianos no perdieran el tiempo en mentirosas y vanas historias y que por ellas la sagrada escritura y otros libros de doctores santos pudiesen perder la autoridad y crédito necesarios”*. Si para leer novelas regía tal prohibición, huelga anotar que se extendía, sin decirlo, a su producción.

Sin embargo, y como ya era una norma no escrita pero aceptada por la comunidad hispanoamericana de entonces, ciertas leyes inconsultas *“se acatan pero no se cumplen”*, al punto que buena parte de la primera edición del Quijote fue vendida en estas tierras.

Una razón de más peso estriba en la naturaleza del hispanoamericano. La novela, como dejé sentado es una hipóstasis de su autor, lo cual implica el supuesto de que ese autor tenga una posición respecto al mundo, que implica también una conciencia de sí mismo frente a ese mundo. Y es en este último aspecto donde se manifiesta un vacío. El encuentro del Renacimiento europeo con el neolítico y el inicio de edad de los metales, americanos, fue un encuentro traumático de cuyos resultados advino una sociedad de castas, en la que el criterio de superioridad y dominio estaba dado por el porcentaje de sangre blanca presente en el mestizaje. Lo blanco era lo bueno, lo superior, lo deseable. Lo indio lo inferior, lo vergonzante. Siendo así, todos los mestizos que aspiraran a ascender socialmente, o por lo menos a no descender, ponían buen cuidado en ocultar o disimular cuanto de indio había en sus genes. No nos olvidemos de aquel *“Apéstegui y Perochena”*⁶ con que se auto-nominó nuestro prócer

6 El nuevo Luciano o Despertador de Ingenios Quiteños, en nueve conversaciones eruditas para el estímulo de la literatura, tuvo una curiosa difusión inicial. En un principio, como consecuencia de su naturaleza panfletaria, circuló de manera manuscrita por la ciudad de Quito a lo largo del año 1779, bajo el pseudónimo de Javier de Cía. Apéstegui y Perochena, nombre con el que indirectamente Espejo reclamaba una hidalguía de origen navarro. Ver en: Juan

Eugenio Espejo, o el autorretrato escrito por nuestro admirado Juan Montalvo atribuyéndose rasgos físicos que poco tenían que ver con su innegable aporte americano y hasta africano (le decían “el zambo”).⁷

Los primeros escritores americanos prefieren soslayar el tema pero implícitamente asumen la perspectiva del europeo. Cuando, proceso de independencia de por medio, nos propusimos asumir una posición y perspectiva propias, asumimos, por rebeldía e indignación con el pasado, la del vencido. Entonces decíamos: vinieron a avasallarnos, se llevaron nuestro oro, arrasaron nuestra cultura. ¿Quiénes? Ellos, los europeos. Pero ambas actitudes no eran reales ni justas. Ambas eran visiones parciales porque somos los dos, conquistador y conquistado, verdugo y víctima. Nos demoró un buen tiempo el advertirlo. Hubo que repasar la Historia, pero sobre todo, hubo que hacerse un autoexamen, ejercer una autocrítica, una valoración sincera, para poder asumir a cabalidad nuestro ser mestizo. Y fuimos dejando constancia escrita del laborioso proceso a través del ensayo y de la novela histórica, que, aunque tardía, ha cumplido y sigue cumpliendo con la función de hacernos vivir el pasado para situarnos en el presente y proyectarnos al futuro.

La primera novela histórica publicada en castellano fue *Jicotencal* que apareció en Filadelfia en 1826 como anónima, cuya autoría ha sido atribuida a los cubanos Félix Varela y José María Heredia y al español Félix Mejía, con participación, en la revisión, de nuestro Vicente Rocafuerte. Trata sobre la conquista de México y el papel que tuvieron en ella los tlaxcaltecas.

En 1854 aparece *La novia del hereje* del argentino Vicente Fidel López, que describe a la Lima del siglo XVI asediada por el corsario inglés Francis Drake. Aparecerían después *La loca de la guardia* y *La gran semana de 1810* en el mismo afán de darnos una pintura de la conquista y colonización.

Carlos Iglesias-Zoido, “El nuevo Luciano de Eugenio Espejo (1747-1795): Nuevas apreciaciones sobre su legado clásico”, *Dieciocho*, 34.2, Fall, 2011, p.229. Ver en: <http://faculty.virginia.edu/dieciocho/34.2/3.Iglesias.34.2.pdf> (03-12-2018)

7 Jorge Jácome Clavijo, *Tras las huellas de Montalvo*. Tomo I: Ensayos, Instituto Iberoamericano de Patrimonio Natural y Cultural del Convenio Andrés Bello. IPANC, Quito, 2007, p.14

Se cuenta también en esa corriente el boliviano Nataniel Aguirre que escribió *Juan de Rosa, Memorias del último soldado de la independencia* (1909). Igualmente el mexicano Juan Díaz Covarrubias que, a pesar de morir fusilado a los 22 años, alcanza a publicar cuatro novelas, la mejor de ellas, *Gil Gómez el insurgente* en 1858.

Otro mexicano Vicente Riva Palacio publica *Monja y casada, virgen y mártir* (1868), *Los piratas del golfo* (1869) y *La vuelta de los muertos* (1878). Todas de inspiración colonialista que trasuntan el ambiente de opresión inquisitorial.

Debemos citar al dominicano Manuel de Jesús Galván que escribió la novela *Enriquillo*, su único libro, en 1882, en la que ya se perfila el sentimiento dual, la ambivalencia en la posición del autor que atiende a sus dos orígenes raciales y culturales.

El autor uruguayo Eduardo Acevedo Díaz nos dejó *Ismael* (1888), *Nativa* (1890), *Grito de gloria* (1893), en las que plasma la lucha de los gauchos por la independencia al tiempo que describe las costumbres y modos de vida de la pampa.

Por exigencias de espacio y de tiempo debemos pasar por alto a muchos autores y recalcar en lo que nos parece más representativo, así que haremos un salto de algunas décadas para aterrizar es la segunda mitad del siglo XX en el fenómeno literario bautizado de "Boom".

Las dos hecatombes mundiales, como era de esperarse, produjeron las crisis de valores y los replanteos inevitables. En el campo de la Filosofía emerge el existencialismo como reivindicación de los valores vitales del aquí y el ahora, de los fenómenos existenciales sobre la supuestas esencias ontológicas permanentes. El marxismo trata de ponerse al día tornándose más elástico y permeable. Los escritores que elaboran una literatura sapiencial, se deciden por uno u otro y a veces pasan de uno a otro como en el caso de Sartre.

La amplificación de los medios de comunicación y de transporte es otro factor que caracteriza a esa etapa, por lo que la globalización empieza a convertir al mundo en una gran aldea.

Los escritores de nuestros pagos, sin olvidar la herencia autóctona, vuelven los ojos a Sartre, Camus, Huxley, Mann, Moravia,

Steinbeck, Hemingway, Joyce y Faulkner. Se apropian de sus enseñanzas y ejemplos, dominan los recursos técnicos, se profesionalizan, se integran al mercado global de bienes culturales al abrigo de las transnacionales como Seix Barral y comienzan a producir una literatura de gran calidad que tiene sus raíces en lo autóctono y sus frutos en una proyección internacional. Tradicionalmente nuestros escritores tenían que sobrevivir de la diplomacia, el periodismo o la política. Los del “Boom” se inician de esa forma pero logran independizar su hacer literario para poder no sólo sobrevivir, sino vivir y vivir bien de lo que salía de su pluma.

Nos ocuparemos de los que tengan que ver con nuestro tema que es la narrativa histórica.

Alejo Carpentier (1904-1980). Cubano. Un ejemplo de que la academia sueca se equivoca tanto como acierta, es el no haberlo premiado con un Nobel. Es inexcusable. Es autor de una obra enorme, entre la que destacan: *El reino de este mundo*, *Los pasos perdidos*, cuya versión francesa alcanzó en 1956 el premio al mejor libro extranjero en París. Otras obras son: *La consagración de la primavera*, *Viaje a la semilla*, *El camino de Santiago* y *Semejante a la noche*. Su obra cumbre, a mi juicio, es *El siglo de las luces*, publicada primero en francés, con crítica muy favorable, antes de su publicación en castellano. Con un estilo pletórico de poesía, de subjetividad exquisita, sentido crítico y conocimiento de la Historia, nos traslada a la época de la Revolución Francesa y nos hace partícipes de sus proyecciones políticas, humanas y vivenciales en el mundo multicolor y multicultural del Caribe. Fue acreedor al premio Cervantes de Literatura en 1977.

Carlos Fuentes (1928–2012). Nacido en México. Dueño de una vasta, importantísima obra. Usando un estilo barroco de gran fuerza expresiva nos sumerge en los mundos pasados, que van desde la Roma imperial, hasta los reinos precolombinos de meshicas, mayas y aztecas hasta la España de los Austrias, el México colonial y el México moderno. Es un recorrido por la Historia, por las culturas que nos antecedieron, en busca de una razón de ser, de un oculto significado, y en busca de nuestra identidad mestiza. Casi toda su obra participa de esta intención, pero pueden señalarse sobre todo: *La re-*

gión más transparente (1958), *La muerte de Artemio Cruz* (1962), *Cambio de piel* (1967), y la principal, *Terra nostra* que alcanzó el premio Rómulo Gallegos en 1967.

Gabriel García Márquez (1928–2014). Nació en Aracataca, un pueblito de la costa atlántica de Colombia. Probablemente es el más conocido del grupo por ser el mayor cultor, no el creador, del realismo mágico. *Cien años de soledad* (1967) está entre los libros más leídos del mundo. La saga de la familia Buendía en el imaginario Macondo es un alarde de fantasía anclado en el ser profundo de la idiosincrasia caribeña, en general, y colombiana en particular. Pero es solo la joya de la corona, una corona donde brillan también: *La hojarasca*, *El coronel no tiene quién le escriba*, *La mala hora*, *Los funerales de la mama grande*, *El otoño del patriarca*, *El amor en los tiempos del cólera*. Dentro del tema que nos ocupa *El general en su laberinto*, en la que nos presenta a un Bolívar humano, desmitificado, afrontando sus últimos días lejos de la gloria y ante el juicio de sí mismo y de la Historia. Le fue concedido el premio Nobel en 1982.

Mario Vargas Llosa (1936). Nació en Arequipa, ciudad pequeña en los Andes, pero desde temprana edad ha sido un trotamundos que ha acumulado saberes académicos y experiencias vitales para regalarnos una obra extensa, desigual, con altos picos y alguno que otro valle. Ganó un concurso de cuentos en Lima que le abrió las puertas de París en 1958. Luego el premio Leopoldo Alas de Barcelona 1959, en 1962 el Biblioteca Breve de la editorial Seix Barral con *La ciudad y los perros*, y el Rómulo Gallegos de Venezuela en 1968 con *La Casa verde*. Una vida plena de triunfos y reconocimientos. A estos títulos habría que sumar: *Conversación en la catedral*, *Pantaléon y las visitadoras*, y en el ámbito de la novela histórica *La guerra del fin del mundo*, en el que, al contarnos el levantamiento encabezado por Antonio Conselheiro en Canudos, nos sugiere muy veladamente un paralelismo con el destino de todos los cristos y redentores que en el mundo han sido. El premio Nobel le hizo justicia en el año de 2010.

Augusto Roa Bastos (1917–2005). Paraguayo, autor de una extensa y reconocida obra en la que sobre sale *Yo el Supremo* (1974), historia novelada de la dictadura de Gaspar Rodríguez de Francia.

Cabe citar también *Hijo de hombre* (1960) y *La vigilia del almirante* (1962). En ellas hace uso de un gran rigor en el manejo de las técnicas narrativas y un gran sentido de crítica social. Fue desterrado por la dictadura de Stroessner, pero pudo volver a su país tras la caída de éste. Premio Cervantes 1989.

Arturo Usler Pietri (1906). Nacido en Caracas. Su principal obra es *Las lanzas coloradas* (1931), novela de los años de la independencia venezolana, en la que, a la acción individualizada de personajes heroicos, antepone la heroicidad del pueblo, que es el actor principal de los cambios históricos. También está *El camino de El Dorado* sobre los avatares de Lope de Aguirre, el conquistador réprobo que se hizo llamar *el azote de Dios*.

Por último, no podemos dejar de lado a un autor de la talla de Manuel Mujica Láinez (1910–1984), argentino que, en lo que a narración histórica se refiere, nos dejara los inolvidables *El laberinto* (1974) y *El escarabajo* (1982) como cumbres de una obra amplia, pleotórica de sapiencia crítica y profunda reflexión histórica.

Esa generación de narradores del “Boom” constituida por los mencionados más Sábato, Borges, Rulfo, y Lezama Lima le pusieron el listón muy alto a los que vinieron después, pero es satisfactorio constatar que quienes han tomado la posta no están desmereciendo su legado. Allí tenemos en el cultivo de la novela histórica los nombres de Isabel Allende, Fernando del Paso, Abel Posse, Ricardo Piglia, Gioconda Belli que están en plena producción y cuyo análisis merece más de un volumen que habrá de venir forzosamente en el futuro.

La novela Histórica en el Ecuador

Como parte de Hispanoamérica que somos, todas las reflexiones que hemos hecho como preámbulo a la reseña de obras y autores, son pertinentes y válidas para nosotros, con la particularidad de que el retraso en la aparición de la novela es mayor. La razón puede estar en que los procesos sociales también han llegado un tanto retrasados. Sin mucho forzamiento, podríamos decir, por ejem-

plo, que la revolución liberal de 1895 tuvo que enfrentar todavía a un orden social semifeudal y recoleto. Aquí también el fragor de la lucha social por un futuro más justo ha ido marcando a la literatura con su impronta.

La primera novela con fondo histórico es *A la Costa* (1904) del ambateño Luis A. Martínez (1869–1909), aun cuando el mismo autor no la conceptúa como novela histórica, sino como una novela costumbrista y de denuncia social. En ella se transparenta el drama de la revolución de Alfaro y sus consecuencias en las escleróticas estructuras de la tradicional sociedad de la Sierra. Los críticos han señalado que, sin ser un dechado de perfección formal, es una novela ordenada y bien escrita.

Alfredo Pareja Diezcanseco (1908–1993). Guayaquileño polifacético y brillante, con una reconocida trayectoria diplomática, política, empresarial, académica y literaria. Entre 1948 y 1961 escribe una trilogía que él mismo denominó como *Los nuevos años* con clara intención política, pero que no deja de ser un testimonio histórico de una de las épocas más inestables y caóticas del acontecer nacional. Estas tres novelas fueron: *La advertencia* (1956), *El aire y los recuerdos* (1959) y *Los poderes omnímodos* (1964), que van desde la revolución Juliana de 1925 hasta los comienzos del velasquismo, alrededor de cincuenta años. Es uno de los más representativos autores de un realismo social comprometido con los ideales de justicia y equidad. Se le concedió el premio nacional Eugenio Espejo en 1979.

Nelson Estupiñán Bass (1912–2002). Uno de los escritores esmeraldeños de la negritud. Su novela *Cuando los guayacanes florecían* (1954) nos relata la revolución de Carlos Concha en Esmeraldas a raíz de *la hoguera bárbara* de los Alfaros, poniendo énfasis en lo ideológico sin descuidar la descripción del medio natural y humano.

Podría mencionarse también a Joaquín Gallegos Lara (1911–1947), quien en 1946 publica *La cruces sobre el agua*, que gira alrededor de la matanza obrera de 1922 en Guayaquil.

Luego de la generación del treinta hay un espacio con poca producción literaria que ha sido denominado “época de transición”. Continuamos con los de la siguiente generación.

Pedro Jorge Vera (1914). Con estilo escueto y funcional personifica al gran caudillo Velasco en *El pueblo soy yo* (1976). Su preocupación por la política, por el devenir social de un pueblo, que es tema de la Historia, siempre está presente en su obra, de la que cabe destacar: *Los animales puros*, *Tiempo de muñecos* y *Las familias y los años*.

Jorge Dávila Vásquez (1947). *María Joaquina en la vida y en la muerte* (1976) con una trama bien lograda y un estilo convincente gira en torno a la dictadura del general Ignacio de Veintimilla y a los supuestos amoríos incestuosos con la “generalita” Marieta, su sobrina. Obtuvo el premio Eugenio Espejo 2016, además de otros premios importantes en años anteriores como el Aurelio Espinosa Polit.

Jorge Velasco Mackenzie (1949). Ganador de algunos premios literarios, para el tema que nos ocupa hay que mencionar *En nombre de un amor imaginario*, sobre el increíble idilio entre Isabel de Casamayor, hija de una distinguida familia ecuatoriana y Godin des Odonnais, miembro de la misión geodésica francesa que visito el país a mediados del siglo VXIII.

Luis Zuñiga (1955). Tiene dos novelas de tema histórico: *Manuela* (1991), que es la vida de la heroína compañera de Bolívar, Manuela Sáenz y *Rayo* (2000) sobre el asesinato de Gabriel García Moreno.

Juan Valdano (1940) nos escenifica los entretelones del primer grito de la independencia del 10 de agosto de 1809 en *Mientras llega el día* (1990) con un estilo pleno de oficio y bien hacer literario.

Alfonso Reece (1955) *En Morga* (2007) nos cuenta las excen-tricidades y peripecias de Antonio Morga, presidente de la Real Audiencia de Quito en la primera mitad del siglo XVII, y al hacerlo nos pinta un fresco sobre esa etapa de la Colonia.

Alicia Yánez Cossío (1929) escribe novelas histórico-biográficas como *Aprendiendo a morir* (1997) sobre la vida de Santa Mariana de Jesús, *Sé que vienen a matarme* (2001), sobre la vida y el magnicidio de García Moreno, *Memorias de la Pivihuarimi Cuxirimay Ocllo* (2008), en la que teje una trama de un optimista y problemático profemini-smo en esta hija de Huayna Capac que, luego de ser esposa de Pizarro, a su muerte se convierte en la esposa de Juan de Batanzos, uno de los cronistas de la Conquista, y la última, *Y amarle pude*, con la corta vida de luchas contra la sociedad conservadora y pacata de en-

tonces de la poeta quiteña Dolores Veintimilla de Galindo y su suicidio final. Alicia se ha hecho acreedora a varios importantes premios literarios nacionales e internacionales.

Raúl Vallejo (1959). En su última obra *El perpetuo exiliado* (2015) trata sobre “*El gran ausente*”, José María Velasco Ibarra. La novela ha sido merecedora del premio internacional Héctor Rojas Erazo “*por la fuerza de su argumento y su extraordinaria investigación, toda vez que ella en sí es un tratado de literatura y geopolítica*”.⁸ Cumple con creces las condiciones de una novela histórica.

Diego Araujo Sánchez (1945), periodista de opinión y académico en *Los nombres ocultos* (2016) nos introduce en el nunca aclarado misterio del asesinato del chofer de Velasco Ibarra, durante su primer gobierno, al tiempo que nos hace reflexionar sobre los oscuros meandros de la política, que muchas veces atropella principios y personas con tal de alcanzar sus ambiciones.

Forzosamente tendré que referirme a *Anocheció en la mitad del día*, de mi autoría, que alcanzara el premio nacional José Mejía Lequerica en 1983. Como no luce muy elegante que uno haga juicios sobre su propia obra habré de transcribir el de un maestro reconocido como fue el escritor austriaco Paul Engel: “*La obra es crónica, ensayo, historia y novela a la vez; empresa muy ambiciosa, un libro exigente. Como novela histórica crea una nueva forma de narrativa. Un libro inquietante de forma novedosa y atrevida y rico en ideas, que debería inducir al lector a pensar, a crítica y a discutir*”. Y el veredicto del jurado que concedió el premio: “*Tiene sobriedad en la prosa y, desde el punto de vista temático, el enfoque poético de la conciencia mestiza es acertado y ofrece propuestas indudablemente nuevas*”.

Al concluir este breve recuento, debo pedir disculpas a los autores que haya dejado de lado involuntariamente, pues la memoria, el tiempo y el espacio no son infinitos.

Quito, 22 de febrero de 2018

⁸ “Embajador de Ecuador ganó Premio Internacional de Novela “Héctor Rojas Herazo”” en: *El espectador*. Ver en: <https://www.elspectador.com/entretenimiento/libros/embajador-de-ecuador-gano-premio-internacional-de-novel-articulo-564510> (03-12-2018)

Bibliografía

BENEDETTI, Mario. Cfr. T.S. Eliot en: “El escritor y la crítica en el contexto del subdesarrollo”, *Cuadernos de cultura latinoamericana*, 99, Universidad Nacional Autónoma de México. Coordinación de humanidades centro de estudios latinoamericanos, México, 1979.

ECHAGÜE, Juan Pablo. Cfr. Alejandro Dumas, en: *San Juan*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1944.

El espectador. Ver en: <https://www.elespectador.com/entretenimiento/libros/embajador-de-ecuador-gano-premio-internacional-de-novel-articulo-564510> (03-12-2018)

ESTRELLA GUTIERREZ, Fermín y SUÁREZ CALIMANO, Emilio, *Historia de la literatura americana y argentina- con antología*, Editorial Kapelusz, Buenos Aires, 1940.

IGLESIAS-ZOIDO, Juan Carlos, “El nuevo Luciano de Eugenio Espejo (1747-1795): Nuevas apreciaciones sobre su legado clásico”, *Dieciocho*, 34.2, Fall, 2011, p.229. Ver en: <http://faculty.virginia.edu/dieciocho/34.2/3.Iglesias.34.2.pdf> (03-12-2018)

JARAMILLO BUENDÍA, Gladys, PÉREZ TORRES, Raúl y ZABALA GUZMÁN, Simón, editores, *Índice de la narrativa ecuatoriana*, Editora Nacional, Quito, 1992.

MATA INDURÁIN, Carlos, “Retrospectiva sobre la evolución de la novela histórica”, pp. 13-64, en KURT, Spang, ARELLANO, Ignacio y MATA, Carlos, *La Novela Histórica, Teoría y comentarios*, Ediciones Universidad de Navarra, S.A., Navarra, 1995.

Novela histórica, Wikipedia, la enciclopedia libre. Ver en: https://es.wikipedia.org/wiki/Novela_hist%C3%B3rica, 2016. (20-11-2016)

PÉREZ, Galo René, *Historia crítica de la novela hispanoamericana*, Ediciones Nacionales Círculo de lectores, Bogotá, sin fecha.

RIBADENEIRA, Edmundo, *La moderna novela ecuatoriana*, Editorial Universitaria, Quito, 1981.

SALAZAR ESTRADA, Yovany, "El género novelístico en la literatura ecuatoriana", pp. 183-203, *Universitas*, Revista de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad Politécnica Salesiana del Ecuador, Año XIII, No. 23, Abya-Yala, Cuenca, 2015.

UBIDIA, Abdón, *Un siglo del relato ecuatoriano*, Editorial El Conejo, Quito, 2006.

Walter Scott en: https://books.google.com.ec/books/about/Robin_Hood_Spanish_version.html?id=6esWCQAAQBAJ&redir_esc=y (30-11-2018)



La Academia Nacional de Historia es una institución intelectual y científica, destinada a la investigación de Historia en las diversas ramas del conocimiento humano, por ello está al servicio de los mejores intereses nacionales e internacionales en el área de las Ciencias Sociales. Esta institución es ajena a banderías políticas, filiaciones religiosas, intereses locales o aspiraciones individuales. La Academia Nacional de Historia busca responder a ese carácter científico, laico y democrático, por ello, busca una creciente profesionalización de la entidad, eligiendo como sus miembros a historiadores profesionales, entendiéndose por tales a quienes acrediten estudios de historia y ciencias humanas y sociales o que, poseyendo otra formación profesional, laboren en investigación histórica y hayan realizado aportes al mejor conocimiento de nuestro pasado.

Forma sugerida de citar este artículo: De la Torre Flor, Carlos, "La novela histórica", *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, vol. XCVI, N°. 199, enero - junio 2018, Academia Nacional de Historia, Quito, 2018, pp.369-389